

## DIALOGISMO E IGUALDAD SEXUAL EN LA AUTOBIOGRAFÍA DE JOHN STUART MILL<sup>1</sup>

**Pablo Nocera**

Universidad de Buenos Aires

**Resumen.-** Desplegada en la época victoriana, la vida de John Stuart Mill aparece retratada en su autobiografía sólo como el desarrollo de una mente en el proceso de adquisición de conocimiento. A pesar de que esa perspectiva algo estrecha puede quitarle cierto atractivo entre las obras que ilustran el género, sus formulaciones merecen una aproximación cuidadosa. Por ello, el escrito se propone analizar su autobiografía en el contexto anglosajón más amplio que permite enraizar su estructura en el sub-género religioso de las autobiografías espirituales, particularmente las del siglo XVII. En segundo lugar, se analiza los aspectos en los cuales su autobiografía comparte las marcas naturalistas-racionalistas victorianas, para luego pensar su especificidad y originalidad en tres planos. El primero de ellos, alude al nivel dialógico que condensa su exposición, en la que su voz alterna con la voz masculina paterna y la voz femenina de quien fuera luego su mujer, Harriet. El segundo de ellos, refiere a la forma en que el sometimiento frente a la voz paterna se rescribe con la equiparación a la voz femenina, desde la cual se desmonta la diferencia sexual en su dimensión biológica. Finalmente, el último de ellos describe las formas en que su autobiografía advierte sobre las mutaciones de la *estructura de sentimiento* de la época victoriana en lo que hace a la igualdad sexual y la justificación de la dimensión pública de la voz autobiográfica.

**Palabras clave.-** *género autobiográfico, dialogismo, igualdad sexual, autobiografía espiritual, época victoriana, John Stuart Mill*

**Abstract.-** The life of John Stuart Mill took place in the Victorian era and it is portrayed in his autobiography as the development of a mind in a knowledge acquisition process. Although this narrow point of view could detract some interest among the works that distinguish the genre, his assessments deserve a careful approach. Therefore, the paper analyses his autobiography in the wider English context that allows understanding his roots in the spiritual autobiography sub-genre, especially those of the XVII century. Second, the paper analyses the links that Mill's autobiography shares with Victorian naturalist-rationalist signs, to focus, after that, his original and specific contribution in three dimensions. Firstly, the dialogic level in which Mill organizes his exposition, where his own voice lives with the masculine father's voice and the female future wife's voice, Harriet. Second, the analysis focuses the way in which Mill rewrites the subjection to the father's voice into an equality relationship with the female voice, so he demolishes the sexual differences in biological sense. Finally, the last one describes the way in which his autobiography presents the Victorian *structure of feeling* changes in the perceptions about sexual equality and the public dimension of the autobiographical voice.

**Keywords.-** *autobiographical genre, dialogism, sexual equality, spiritual autobiography, Victorian era, John Stuart Mill*

---

<sup>1</sup> Agradezco las consideraciones del Dr. José Amícola a la versión inicial de este escrito, en el marco de cuyo seminario (dictado el primer semestre de 2008 en la *Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*), se discutieron varias de las ideas aquí trabajadas.

Je crois avoir déjà remarqué qu'il y a des temps où je suis si peu semblable à moi-même qu'on me prendrait pour un autre homme de caractère tout opposé.

Jean-Jacques Rousseau  
*Les Confessions*

Cette complexité d'origine est en grande partie, je crois, la cause de mes apparentes contradictions. Je suis double; quelquefois une partie de moi rit quant l'autre pleure.

Ernest Renan  
*Souvenirs d'enfance et jeunesse*

## Introducción

Como referente de la filosofía liberal del siglo XIX, la figura de John Stuart Mill se abrió paso entre dos magnas personalidades con un peso indiscutido en la tradición filosófica anglosajona: James Mill (su padre) y Jeremy Bentham. Ambos habían fijado las bases de la corriente *utilitarista*, cuyas críticas y divergencias el propio John Stuart marcaría gradualmente a partir de 1850. La variedad y riqueza de su producción abarcó una considerable diversidad de tópicos, entre los cuales, la epistemología (lógica-psicología), la economía política y sus reflexiones en torno a la libertad, fueron los continentes más destacados. En el concierto de sus obras, su *Autobiografía* —escrita con una antelación de veinte años a su fallecimiento—tuvo una consideración menor entre el público filosófico. Los apelativos de “*saint of rationalism*” o “*a reasoning machine*”, que supo cosechar como consecuencia de su obra, se reforzaron con la aparición de su autobiografía e hicieron que el interés en ese texto mermara lo suficiente, como para integrarlo lateralmente en el acervo de fuentes que nutre la historia de las ideas.

Desde esa perspectiva, los términos de dicha recuperación son justificables. Sin embargo, si pensamos en esa obra tomando en consideración su peculiaridad como género escriturario, las motivaciones para llevar adelante su exploración se expanden más allá de la narración de acontecimientos que toda (auto)biografía propone. Es verdad que cierta monotonía y linealidad en el desarrollo de su “historia mental”, cómo él mismo la llamara, parece mostrar el trayecto de una vida sólo sostenido por los progresos intelectuales alcanzados. Sin embargo, un análisis más cuidadoso permite entretejer esa especificidad de la autobiografía de Mill con ciertas características de la época victoriana, que delinear los contornos de una compleja herencia en la que se desarrolla este género desde la tradición anglosajona anterior.

Algunos elementos de esa complejidad son el motivo de las líneas que aquí se inician. Para ello el escrito se propone, en primer lugar, situar la autobiografía de Mill en el contexto amplio del género autobiográfico inglés, para lo cual es necesario pensar la especificidad de la llamada *spiritual autobiography*, algunas de cuyas trazas proyectarán su desarrollo hasta la tradición victoriana. Ese recorrido nos permitirá apreciar ciertas modulaciones que el género experimentó y cuya permanencia se puede rastrear en un texto como el de Mill, a pesar de reconocerse como explícitamente secular. En segundo lugar,

considerar la manera en que la autobiografía presenta la alternancia excluyente de dos voces que organizan, desde un *otro*, la narración vital en un doble registro: a) la figura del padre, James Mill y la de su mujer Harriet, b) la primacía de la mirada masculina frente a la co-presencia de la mirada femenina. Finalmente, analizar los indicios que esta autobiografía sugiere para pensar una mutación en la *estructura del sentimiento* de la época victoriana en lo que hace a la igualdad entre los sexos y la dimensión pública de la voz autobiográfica.

### **La *Spiritual Autobiography* como antecedente**

En rigor, emplear el concepto de *autobiography* con antelación al siglo XIX supone en Inglaterra, un anacronismo. La aparición del término en inglés data de 1809 y fue acuñado por el poeta romántico Robert Southey (1774-1843) (Delany, 1969: 1 - Rinehart, 1954: 177 - Shumaker, 1954:102).<sup>2</sup> No obstante y a pesar de la ausencia del vocablo, el género tuvo un desarrollo singular cuyas referencias iniciales nos obligan a describir, aunque más no sea velozmente, sus primeras conformaciones en los siglos anteriores.

Cualquier análisis retrospectivo sobre el género acuerda en pensar las *Confesiones* de San Agustín (escrito entre 397 y 401 aproximadamente) como un texto originario y paradigmático.<sup>3</sup> Desde su publicación, los ejemplares autobiográficos tuvieron una matriz claramente religiosa hasta su expansión, transformación y modernización en el Renacimiento, período en el cual se inicia un proceso gradual en el descubrimiento de sí (Gusdorf, 1948). La mayor parte de los ejemplares del género se concentraron fundamentalmente en Europa continental.

Ahora bien, pensando la tradición británica específicamente, se hace necesario establecer algunas apreciaciones iniciales. En primer lugar, reconocer que si bien formas incipientes de autobiografía de contenido religioso se desarrollaron con antelación al Renacimiento, su crecimiento se dio claramente a partir del 1500. Por entonces comienzan a proliferar tendencias escriturarias que ponen

<sup>2</sup> El artículo publicado por Southey se intitulaba: "Periodical Accounts relative to the Baptist Missionary Society", *Quarterly Review* 1: 193-226 y allí aparece por primera vez el término. En él, el autor profetizaba una 'epidemic rage for autobiography'. El resto del siglo le dio la razón y, como veremos, la era victoriana será el epicentro anglosajón de la profusa expansión del género.

<sup>3</sup> Aunque la mayor parte de los estudios acuerdan en fijar en el obispo de Hipona los albores de la escritura autobiográfica, existen autores que consideran necesario un rastreo mucho anterior, que llevaría la indagación hasta el mundo pre-socrático. Tal es el caso del voluminoso estudio del filósofo berlinés Georg Misch (1950 [1907]) quien discutiendo el habitual punto de partida agustiniano, reclama una lectura ampliada de la historia del género que ubica sus confines en la antigüedad pre-cristiana. Aunque inicia su tratado con el mundo egipcio y babilónico, el estudio focaliza gran parte del análisis en la tradición helénica asociando, de manera sugerente, la prehistoria del género con la profesión de los retóricos antes que con la de los filósofos o los poetas. El caso paradigmático habría sido Isócrates (Misch, 1950 [1907]: 16-17 / 154-174). Bajtín aporta otro tanto, al pensar en la Grecia clásica dos formatos de autobiografía. El primero, al que denomina el *tipo platónico*, condensa el cronotopo de aquel cuya vida es la búsqueda de la verdad. El segundo, al que refiere como autobiografía o biografía retórica, sería el elogio fúnebre y conmemorativo del ciudadano (*enkomion*) cuyo referente fue el alegato de Isócrates (Bakhtine, 1978: 278-279). Hasta donde sabemos, la implacable erudición de Bajtín no advierte, en este caso, la continuidad con las apreciaciones del estudio de Misch.

un énfasis mayor en el examen de la propia conciencia y la búsqueda de la interioridad, cuya manifestación se hace visible en el incremento de *confesiones* narradas y *diarios de vida* de toda clase. Mucho de este crecimiento ha tenido relación con la expansión de las sectas protestantes, aunque no se pueda depositar en ellas la única fuente de ejemplares del género (Delany, 1969:38). Si bien la presencia de estos escritos fija una referencia como ‘pre-historia’ del género en el mundo anglosajón, ejemplos de autobiografía cercanos a su formato moderno son prácticamente inexistentes hasta el siglo XVII (Shumaker, 1954:5 – Dunn, 1916: 133-134). Como fue habitual en el período renacentista, la producción cultural inglesa estuvo rezagada respecto del continente lo suficiente, como para que las primeras autobiografías espirituales vieran la luz ya entrado el 1600.<sup>4</sup>

Entre estas referencias iniciales y el caso de Mill que nos proponemos analizar, tenemos un arco temporal de casi doscientos cincuenta años. Además está decir que cubrir esa extensión es imposible en los marcos de este trabajo. No obstante, si acordamos en reconocer que con la obra agustiniana se abre en el género una brecha de largo alcance que vuelve a reavivarse en el siglo XVIII (Amícola, 2007:24), en el caso inglés tres obras ejemplares nos permiten ilustrar, en ese lapso, el comportamiento de una variedad especial del género como fue la *spiritual autobiography*. Nos referimos a *Grace Abounding in the Chief of Sinners* de John Buyan (1688) y la *Reliquiae Baxterianae* de Richard Baxter (1696) culminando con el texto de John Henry Newman, *Apología pro vita sua* (1865). En los tres casos, la temática de la conversión y la relación con Dios fueron sus ejes rectores. Aunque todas se encuentran en un claro parentesco con el formato agustiniano, sus peculiaridades requieren ciertas consideraciones. La elección de estos ejemplos permite ilustrar una transición en el género que va de la forma religiosa a la secular. Con un desplazamiento gradual, la sucesión en la cronología advierte un paulatino declive de los motivos ascéticos de orientación supraterrrenal de la vida relatada, dejando un lugar cada vez mayor a una narración más concentrada en prácticas intramundanas, coherentes con la secularización que el género va a protagonizar en los siglos siguientes.<sup>5</sup> Con todo, antes de avanzar en ello es necesario contextualizar la aparición y expansión del subgénero espiritual de la autobiografía.

La gran mayoría de los relatos biográficos auto-referidos en el siglo XVII se apoyan en el supuesto de que la vida de un individuo debe ser expresada como la acumulación de hechos separados, muy cercanos en su exposición a una crónica. Tal es así, que en los dos siglos siguientes la mayor parte de los autobiógrafos producen relatos objetivos –a pesar del protagonismo personal—

<sup>4</sup> Para ciertos autores, el movimiento de producción del género autobiográfico siguió, durante el Renacimiento, líneas independientes en distintos países. Sin embargo, Italia lideró el proceso en términos de cantidad y de calidad (Delany, 1969: 7). *La Vita di Benvenuto Cellini* es paradigmática no sólo como obra testigo del género en su incipiente desarrollo renacentista –alejándose de la huella agustiniana—sino por su actitud de cierto desprecio frente a los ingleses a quienes se los ve, por entonces, como atrasados y en muchos aspectos, bárbaros. En su propia autobiografía lo advierte en el capítulo inicial cuando afirma: “[...] et ogni giorno ragionava delle suebraverie con quelle bestie di quegli Inghilesi” (Cellini, 1866: 22).

<sup>5</sup> No casualmente el sociólogo alemán Max Weber utilizará parte de la obra de Baxter para exponer, en su formato típico-ideal, el ideario del ascetismo calvinista, cuya afinidad con el espíritu capitalista habrá de signar, en su opinión, el curso de la modernidad.

que se asemejan en mucho al formato de los anales o las crónicas de *res gestae* (Staufer, 1930:175). En pocas palabras, en las dos centurias previas al siglo XIX, se pueden identificar en la autobiografía dos grandes grupos: las 'subjetivas' y 'no subjetivas' (Shumaker, 1954:54). El primero de ellos refiere al relato de estados mentales (en su mayoría relativos a momentos religiosos, *i.e.* pecado o gracia), mientras que los segundos pueden desagregarse, a su vez, en 'reminiscencias' o 'crónicas de *res gestae*'. Por *reminiscencias* los relatos aluden, en un sentido amplio, a labores anecdóticas, cotidianas; mientras que la *res gestae* suponía no sólo memorias, sino narraciones de aventuras y empresas de diversa índole. Desde ya que ambas categorías suponen cierto tipo de solapamiento, que hace de la distinción una facilidad analítica cuyo carácter excluyente es sólo típico-ideal. No obstante la porosidad de la frontera entre los dos grandes grupos, tanto a nivel subjetivo como objetivo, los protagonistas necesitaban de una continuidad y centralidad de los estados, acciones o circunstancias, como para que pudieran ser tomados en consideración en la narración (Shumaker, 1954:54-55).

Mientras que los ejemplos de autobiografías del primer tipo (subjetivo) se orientan más a menudo en una trayectoria religiosa, los del segundo tipo (objetivo) ofrecen exposiciones mayormente seculares. Sin embargo, al interior de las autobiografías religiosas, también se pueden advertir diferencias de acuerdo con la orientación y la práctica de la fe. Mientras que entre los anglicanos y católicos, la propia vida religiosa se halla presentada como un relato inmerso en hechos y circunstancias experimentadas, los presbiterianos y las sectas más radicalizadas tendieron a enfatizar la dimensión interior de la subjetividad, lo que podríamos llamar: *soul-histories* (Delany, 1969:4).

Las influencias más notorias de las autobiografías religiosas o espirituales fueron sin duda las narraciones de los textos bíblicos. Los aportes de los escritos veterotestamentarios tuvieron en los *Salmos*, la expresión más paradigmática del diálogo entre el creyente y Dios. La dimensión emotiva de éstos, así como el estrecho vínculo con la deidad —no exento de expresiones terrenalizadas, como voces, rayos, visiones, etc.—fueron una gran influencia en la asimilación que hicieron, sobretudo, las autobiografías de las sectas protestantes inglesas. Los casos del libro de *Job* e *Isaías* advierten también cómo el diálogo con la deidad permite, a partir de la separación de la comunidad corrompida por el pecado, reconstruir la propia misión de una vida justa y consagrada, la cual presenta la salvación como proyecto de base netamente individual y por tanto, narrable de forma autobiográfica. En el contexto de los libros neotestamentarios, las epístolas de San Pablo (la experiencia camino a Damasco) consolidaron un claro arquetipo del relato vital, visto como pasaje religioso de conversión. Estos influjos de los textos bíblicos llegaron al siglo XVII por la mediación de las *Confesiones* de San Agustín (Shumaker, 1954:13). Sin embargo, las perspectivas trazadas en las dos primeras autobiografías referidas a esta centuria (en especial la de Baxter) evidencian algunas marcas propias cuya proyección hacia el siglo XIX, nos permiten esbozar una línea de continuidad que aglutina ciertas dimensiones que se verán, mucho más adelante, desarrolladas en la expresión laica y racionalista de John Stuart Mill.

*Grace Abounding in the Chief of Sinners* de Buyan es considerado un texto paradigmático entre los ejemplares del género autobiográfico anglosajón. Dos

aspectos centrales son considerados aquí. Aunque la narración presentada por el autor sigue el modelo agustiniano, la forma en que se exponen los acontecimientos introduce una peculiaridad útil como antesala del texto de Baxter. La autobiografía del obispo de Hipona presentaba una fractura entre el narrador y el personaje, comprensible a partir del hecho de que San Agustín relata su vida anterior, desde el estado de gracia al que llegó producto de la conversión. Esa estructuración de la narración hacía que su presente estuviese signado por una 'nueva naturaleza' (Bell, 1977:114) En pocas palabras, el relato agustiniano presenta la conversión como una emergencia que rompe con un estado anterior e inaugura uno diferente. A diferencia de ello, el modelo que estructura Buyan invierte ese doble registro de las *Confesiones*. Para el predicador inglés, la redención no es el corolario de una conversión signada por la irrupción de la deidad en la cotidiana existencia del pecador. El pasaje al estado de gracia es una lucha continua que no tiene un fin determinado (Bell, 1977:114). En consecuencia, la vida del creyente protagonista no se presenta disociada del narrador, como en el caso agustiniano, dado que el pasaje al estado de gracia nunca se consuma de forma definitiva. El mantenimiento de la perspectiva mundana (con Buyan se diluye la diferenciación agustiniana entre *Civitate Dei* y ciudad del hombre) refuerza la idea de que la vida –aún orientada por la fe en la salvación—es un proceso constante en el que cotidianamente debe actuarse en pos de la redención. Este incipiente registro intramundano del accionar religioso se profundiza con Baxter.

La autobiografía de este último fue escrita entre 1665 y 1685 y advierte al lector en su estructura un punto intermedio entre la *res gestae* y la dimensión más introspectiva de las autobiografías presbiterianas.<sup>6</sup> De las tres grandes partes en que se organiza el voluminoso escrito, tanto la primera como la última se concentran más detenidamente en la dimensión personal, mientras que la intermedia, narra de forma más general los eventos de la historia contemporánea. Lo singular de la primera parte –y eso en gran medida justifica nuestra elección—es que relata de manera muy sobria y objetiva, sus hábitos desde la juventud haciendo hincapié fundamentalmente en las trazas de su desarrollo intelectual. Los hechos de su infancia enumeran la sucesión de pecados que caracterizan el recuerdo confesional de las autobiografías religiosas.<sup>7</sup> Tanto el desarrollo de su religiosidad como de su conversión son presentados como un camino caracterizado por 'the alterations of my soul, since my younger years' (Baxter, 1696: 136) El enriquecimiento de su alma es mostrado como un desarrollo intelectual, el cual oficia como proceso central en

<sup>6</sup> En esta breve caracterización seguimos algunas consideraciones de Delany (1969: 72-76)

<sup>7</sup> "But though my Conscience would trouble me when I finned, yet divers fins I was addicted to, and oft committed against my Conscience; which for the warning of others I will confess here to my shame. 1. I was much addicted when, I feared Correction to lie, that I might escape. 2. I was much addicted to the excessive gluttonous eating of Apples and Pears: which I think laid the foundation of that Imbecility and Flatulency of my Stomach, which caused the Bodily Calamities of my Life. 3. To this end, and to concur with naughty Boys that gloried in evil, I have oft gone into other men's Orchards, and stole their Fruit, when I had enough at home. 4. I was somewhat excessively addicted to play, and that with covetousness, for Money. 5. I was extremely bewitched with a Love of Romances, Fables and old Tales, which corrupted my Affections and loft my Time.[...]" (Baxter, 1696: 2). De igual forma que el relato agustiniano, en este caso, el robo de frutas aunado a la ingesta desmedida, advierte la recurrencia del pasaje clásico de las *Confesiones*.

su *soul-history*. Dado que en su juventud había sido estudiante de lógica y metafísica, el vínculo entre conocimiento y profesión de fe se amalgamó muy sólidamente, de forma que la creencia y la práctica religiosa aparecieron en su vida como el emergente de un proceso formativo:

“Which occasioned me (perhaps too soon) to plunge my self very early into the study of controversies; and to read all the school men I could get; for next Practical Divinity, no books so suited with my Disposition as Aquinas, Scotus, Durandus, Ockam, and their Disciples; because I thought they narrowly searched after truth, and brought things out of the darkness of confusion: for I could never from my first studies endure confusion!” (Baxter, 1696: 6)

La narración vital de Baxter se aleja en parte del modelo agustiniano (en sintonía con Buyan), desde el momento en que la vida entregada a Dios deja de ser el producto exclusivo de una conversión epifánica, para pensarse más extensivamente como un proceso de paulatino crecimiento y educación.<sup>8</sup> En este sentido, Baxter relata, por un lado, una vida inmersa en situaciones sociales y políticas (*i.e.* Restauración de Carlos II) alejándose de la unidad vital agustiniana, en la que la propia existencia sólo es relatada como desviada o apegada a la divinidad (Bell, 1977: 119-120). Por el otro, hace de su autobiografía religiosa algo en la cual el vínculo con Dios no le quita protagonismo a su persona (como sucede a menudo en la obra agustiniana) y desde el cual su experiencia le permite esperar que sus congéneres puedan tomar en consideración sus errores de juventud para evitarlos.<sup>9</sup> El aporte más considerable de Baxter es que el desarrollo espiritual no desdeña el intelectual como paso previo a la vida consagrada a Dios, a la vez que es experimentado como un proceso de resultados crecientes. Ese camino matiza la jerarquía de la sentencia agustiniana ‘Credo ut intelligam’ y coloca su autobiografía en un punto de contacto muy sugerente con los desarrollos del siglo XVIII y XIX, de los cuales, Newman será el referente final del subgénero espiritual de las autobiografías.

<sup>8</sup> A título de ejemplo, el famoso pasaje “¡Toma, lee!” de las *Confesiones* (VIII.12.29) advierte al lector el arrebatado que supone el momento de la conversión, cuya dimensión intelectual impone una discontinuidad irreductible a la idea de un proceso: el salto del estado pecaminoso al de la gracia. “Y he aquí que oigo una voz como de niño o niño, no lo sé, que desde la casa contigua decía cantando y repetía varias veces: ‘¡Toma, lee!’ [...] Dominé el ímpetu de las lágrimas y me levanté, interpretando que aquello no era sino una orden divina para que abriera el libro y leyera el primer capítulo que encontrase. [...] Me apoderé de él, lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que cayó ante mis ojos: *No en comilonas y ebriedades, no en alcobas e impudicias, no en peleas y celos, sino que revestíos del Señor Jesucristo y no os ocupéis de la carne en sus deseos*. No quise leer más, ni era necesario. Pues en cuanto terminé de leer aquella sentencia, como si una luz de certeza se hubiera derramado sobre mi corazón, se disiparon todas las oscuridades y las dudas.” (San Agustín, 2007: 214-215)

<sup>9</sup> “That young Christians may be warned by the Mistakes and Failings of my unriper Times, to learn in patience, and live in watchfulness and not be fierce and proudly confident in their first conceptions, and to reverence ripe experienced age, and to take heed of taking such for their Chief guides as have nothing but immature and inexperienced judgments, with fervent affections, and free and confident expressions; but to learn of them that have (with holiness) study, time and trial, looked about them as well on one side as the other, and attained to clearness and impartiality in their Judgments.” (Baxter, 1696: 136)

## Inflexiones victorianas en el género

Dentro del arco temporal referido en el apartado anterior, cuyo límite fijamos en el siglo XIX con Newman, es posible hacer algunas consideraciones sobre el comportamiento del género en la centuria previa a la época victoriana. En primer lugar es apropiado reconocer que además de mostrarse un interés creciente en la escritura sobre la propia vida, existe también una mayor propensión por dar a publicar las obras al poco tiempo de completada su redacción (Shumaker, 1954:20). Ya sea por expresa reserva a los albaceas o parientes, las autobiografías inglesas, a partir del siglo XVIII, se dieron a publicidad sin grandes demoras.<sup>10</sup> En segundo lugar, las expresiones del género dejan de responder a la dimensión confesional en primera instancia, así como se reconoce que no existe ninguna justificación excepcional (protagonismo en algún acontecimiento histórico de magnitud nacional y política) como para llevar adelante la empresa de la escritura. La vida privada, lentamente, resume en sí misma todos los motivos que conducen a su narración, sin que deban darse razones que justifiquen de forma pública la excepcionalidad y/o ejemplaridad de la propia trayectoria (Shumaker, 1954:22-23).<sup>11</sup> Sin embargo, y a pesar de la expansión y reconocimiento a la labor intelectual desarrollada por muchos exponentes anglosajones (rotulables tal vez en esa denominación que los franceses identificaron como *hommes de lettres*), durante ese mismo siglo, muchos de esos autores de reconocida reputación literaria no legaron ningún texto autobiográfico como sucede, en contrapartida, con sus equivalentes decimonónicos.<sup>12</sup> La llegada de la época victoriana introduce una auténtica proliferación en la producción del género<sup>13</sup> y con ello se tejen nuevas estrategias y motivos que expanden —sin que necesariamente desechen— aspectos de las antecesoras *spiritual autobiographies*. Reseñar esas inflexiones puede sernos de utilidad como contexto del análisis que nos proponemos desarrollar sobre Mill.

<sup>10</sup> En los siglos anteriores, el carácter póstumo de la publicación superaba en mucho la década, más si la vida retratada no se amalgamaba en una vocación religiosa. Un ejemplo limítrofe es el de Cellini, cuya escritura ronda los años 1558 a 1567, en tanto que su publicación se realizó en 1728. (Amícola, 2007:56)

<sup>11</sup> Con ejemplaridad, nos referimos en este período a una vida cuya divulgación es justificada por el status público de su protagonista, a saber, un rey o emperador, un clérigo, un militar o conquistador. Aclaramos este aspecto, porque con la noción de ejemplaridad aludiremos luego a un tipo de justificación de la escritura-de-sí que se apoya en la idea de que la propia vida es un caso que testimonia, a título de ejemplo, una regularidad supranindividual (en Mill esto es paradigmático), en lugar de la excepcionalidad que supone la ejemplaridad como referencia deontológica.

<sup>12</sup> Reconocidos referentes de Inglaterra del siglo XVIII como Defoe, Pope, Shaftesbury, Bolingbroke, Hartley, Gay, Chesterfield, Berkeley, Goldsmith, Thomson, Gray, Collins, Macpherson, Burke, Richardson, Fielding, Smollett, Mackenzie, Priestley, o el mismo Paine, no dejaron autobiografías. Sin embargo, en el siglo XIX encontramos exponentes del género en los casos de Coleridge, Byron, Scott, Hogg, Moore, Hunt, de Quincey, Newman, Ruskin, Martineau, Huxley, Darwin, and Trollope y Mill, claro está. (Shumaker, 1954: 28-29)

<sup>13</sup> En términos cuantitativos el crecimiento de las autobiografías se hace progresivo a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Obsérvense estos datos de cantidad de autobiografías publicadas, tabulados por década, iniciando con aquella en que se corona a la reina Victoria de Inglaterra hasta su fallecimiento (1837-1901): 1830-39: 2, 1840-49: 3, 1850-59: 11, 1860-69: 10, 1870-79:25, 1880-89: 29, 1890-99: 39, 1900-09: 34, 1910-19: 12. (Fuente: Rinehart, 1954: 177)

El vértigo de las transformaciones sociales que desplegó el siglo XIX hizo que muchos escritores tomaran posiciones sobre cuestiones de coyuntura, entre las cuales los efectos de la sociedad industrial sobre el tejido social y la constitución política de Europa fueron, tal vez, los más profundos. La literatura prohija en su interior problemas como la democracia, la vida cotidiana y el mundo mercantil, la educación y las novedades que introducen las filosofías materialistas.

En este contexto, no es casual que Robert Southey –quien ya comentamos acunó el término *autobiography*—desarrollara una crítica contundente contra las formas sociales en progreso, advirtiendo el desvanecimiento moral que supone la expansión desenfrenada del comercio y la industria. Sus *Colloquies on the Progress and Prospects of Society* (1829) pondrán en el centro de la escena la necesidad del gobierno para orientar la vida en sociedad (contra el carácter espontáneo del mercado), así como su confianza en la cultura y la literatura como medios para humanizar la anónima y maquina social moderna (Williams, 2001: 33-36). Carlyle no se quedará atrás en un similar intento por reconocer las bondades de la literatura como forma de paliar las nocivas influencias de la expansión del mundo fabril y comercial. Aun más, verá específicamente en el género autobiográfico la posibilidad de conciliar la dimensión poética y científica que requiere la re-humanización del hombre moderno. Permítasenos citar *in extenso*:

A scientific interest and a poetic one alike inspire us in this matter [i.e., the study of biography and autobiography]. A scientific: because every mortal has a Problem of Existence set before him, which, were it only, what for the most it is, the Problem of keeping soul and body together, must be to a certain extent original, unlike every other; and yet, at the same time, so like every other; like our own, therefore; instructive, more-over, since we also are indentured to *live*. A poetic interest still more: for precisely this same struggle of human Free-will against material Necessity, which every man's Life, by the mere circumstance that the man continues alive, will more or less victoriously exhibit, - is that which above all else, or rather inclusive of all else, calls the Sympathy of mortal hearts into action; and whether as acted, or as represented and written of, not only is Poetry, but is the sole Poetry possible.” (Carlyle, citado en Rinehart, 1954: 181)

Así como veíamos con los referentes de las autobiografías previas (aún en el registro confesional), Carlyle, Coleridge, Ruskin y el propio Mill –como notaremos en detalle más adelante—asociaron la dimensión de la *cultura*, lo *culto* o *cultivado* a la condensación de un proceso de formación del hombre en el cual la búsqueda de la perfección aparece como una posibilidad cierta, sostenida ya sea por las condiciones sociales, las instituciones o los programas pedagógicos. Tal como afirma Williams “Lo que en el siglo XVIII había sido un ideal de personalidad –una calificación personal para participar en la sociedad educada—tenía que redefinirse ahora, frente al cambio radical, como una condición de la cual dependía la sociedad en su conjunto.” (2001: 65). Este es el aspecto por el cual el género autobiográfico podía conciliar las perspectivas que Carlyle vincula. Tanto desde el punto de vista ‘científico’ como ‘poético’ el género reporta, sin dudas, una utilidad moral (Rinehart, 1954: 181). En primer lugar, porque expone una serie de acontecimientos que teniendo en una vida real su soporte fáctico, ilustra patrones de conducta de forma mucho más convincente que cualquier género de ficción literaria. En segundo lugar, porque

permite divulgar orientaciones vitales ilustres sin que necesariamente su éxito o reconocimiento derive del respeto de creencias religiosas tradicionales. En el género se produce una cierta recreación de valores morales que los formatos confesionales ya no pueden sostener en el marco de un proceso de secularización creciente.

La autobiografía inglesa del siglo XIX ilustra, en su pródiga expansión, una serie de peculiaridades que son el corolario de un proceso de exploración en el cual se puede observar a través de una “window by which we may look into a great man’s mind”<sup>14</sup> Esa introspección psíquica en que se revela el autor y a la cual permite ingresar al lector, ilustró durante la era victoriana, algunos motivos constantes que también aparecerán en la autobiografía de Mill. Veamos someramente cuáles son.<sup>15</sup>

Sin duda un lugar común del género, durante el período, es la forma en que las autobiografías relatan la relación de sus protagonistas con el *cuerpo*. De manera regular, el cuerpo aparece como un soporte de la mente cuya presencia es notoria a partir de alguna clase de disfunción<sup>16</sup>. Los distintos protagonistas de este género son más bien parcos a la hora de relatar o describir la contextura física, la fisonomía del rostro, las formas del vestir o el gusto en la dimensión estética de la vida cotidiana. Por el contrario, el cuerpo aparece cuando es objeto de una enfermedad o patología, en gran medida, surgida como respuesta al agotamiento producto del trabajo mental. El éxito intelectual de muchos de los referentes del período tiene como contrapartida ciertos cuadros de enfermedades de origen psicosomático, debilitamiento y crisis nerviosas, conformando un patrón de agotamiento de tipo neurasténico. Esa huella corporal sería la expresión de una rebelión contra cierta pauta internalizada de compulsión al trabajo, debida a la ausencia de desafío a la figura paterna, de igual forma que la enfermedad haría las veces de castigo efectivo, frente a la posibilidad de consumir el ‘pecado’ de rebelión a la rígida tutela del padre (Krenis, 1978:108).

En consecuencia, la mayor parte de los ejemplos del período advierte un tipo especial de relación que los protagonistas guardan con la *figura paterna*. Es indudable que el hogar victoriano era una escuela de la virtud. Sin embargo, ese culto moral que rodea las prácticas cotidianas supone, en las narraciones, una ausencia casi total de la figura materna, y una superabundancia de referencias al vínculo con el padre. La madre, frente al poder paterno, fue una figura de menor jerarquía, asociada con cierta escasa inteligencia y cierto proceder ilógico, cuya función queda subsumida, habitualmente, a ser el reservorio de un cariño carente de sentido crítico. Alejada de una educación, de una fuente de ingresos autónoma, la mujer de clase media en la época victoriana parece quedar atrapada en la trama de fuerzas culturales, en las

<sup>14</sup> Expresión que usara Sir Archibal Alison en 1849 para referirse a las bondades del género (citado en Rinehart, 1954:181)

<sup>15</sup> Reservamos las apreciaciones específicas en torno a Mill para los próximos apartados.

<sup>16</sup> Para Shumaker, esa ausencia de alusiones a cuestiones físicas responde al punto de referencia de la observación: “The feeling seems to be that others are the best judges of what they are most favorably situated to observe; the autobiographer’s task is to explain what others, without his help, would know only partly or inaccurately.” (1954:41) De allí que el foco de las autobiografías se centre, fundamentalmente, en la exploración de la mente o conciencia del protagonista, verdadero ‘recinto’ que debe iluminarse con la escritura.

cuales la distinción de los sexos restringe su lugar al de la devaluada administración doméstica (Krenis, 1978:108)<sup>17</sup>. La consolidación de la autoridad patriarcal se manifiesta frente a la familia en el desempeño que el padre hace de sus labores de maestro o clérigo, desde dónde sus mandatos se instituyen en criterio moral, claro y decisivo, tanto en el mundo práctico como en el intelectual.

Por estas razones, muchos de los protagonistas de las autobiografías del período, aún habiendo superado la labor y las carreras de sus padres – situación que haría para el común del público impropio cualquier comparación—mantienen frente a sus progenitores un respeto y distancia reverenciales. Esto se acentúa porque el trato recibido de parte de aquellos mostraba cierta displicencia frente a las capacidades escasas o meramente ordinarias que detentarían sus hijos.<sup>18</sup> El conjunto de estas características hizo que el género condensara una forma sublimada de rebelión de sus protagonistas hacia la figura paterna. A diferencia de los ejemplos de autobiografías del siglo XVIII en la que la figura del monarca o incluso la del propio Dios hacía las veces de destinatario, simbólico o real, en torno a los cuales se expresaba la rebeldía, en la era victoriana la tutela del padre fue el objeto más directo del cuestionamiento de la autoridad patriarcal (Krenis, 1978:107).

Los vectores brevemente referidos ilustran la especificidad de las trazas que el género asumió ya entrado el siglo XIX. Muchas de esas inflexiones no horadaron completamente cierta estructura de las *spiritual autobiographies*. John Stuart Mill es un ejemplo paradigmático tanto de aquellas características como de los matices y desplazamientos del género en Inglaterra desde sus orígenes confesionales. En lo que sigue, nos avocamos a analizar el desarrollo de su escrito, introduciendo el contexto de su gestación y una breve reseña inicial de su estructura.

<sup>17</sup> Veremos en breve, que Mill invierte ese patrón para el caso de su esposa Harriet. Como ilustración rapsódica de esta consideración, podríamos contemplar los dichos de Herbert Spencer sobre su propia madre: “Concerning my mother, nee Harriet Holmes, in 1794, the fact first to be named is that no signs were manifest in her of that small infusion of Huguenot blood and trace of Hussite blood, along one line of ancestry, which we have inferred. So far from showing any ingrained nonconformity, she rather displayed an ingrained conformity. [...] I never heard her pass any criticism on a pulpit-utterance, or express any independent judgments on religious, ethical, or political questions. Constitutionally she was averse to change.” (Spencer, 1904 I: 56). Adviértase que así como Spencer pensará su propia vida como una historia natural, abordaje que ejemplifica el uso de sus propias teorías, el criterio racista oficial también aquí, como sostén de la explicación del carácter y actitud materna. Algo similar, aunque en otra clave teórica ocurrirá también con Mill.

<sup>18</sup> Nuevamente Spencer es un ejemplo ilustrativo de este comportamiento: “In some respects, too, he was morally their superior. To exclude misinterpretation of my motive for saying this, let me join with it the confession that in sundry respects I am his inferior. Save in certain faculties specially adapting me to my work, inherited from him with increase, I consider myself as in many ways falling short of him, both intellectually and emotionally as well as physically.” (Spencer, 1904 I: 43) Charles Darwin demuestra un trato similar, aunque se anima a plantear un cierto matiz crítico: “When I left the school I was for my age neither high nor low in it; and I believe that I was considered by all my masters and by my father as a very ordinary boy, rather below the common standard in intellect. To my deep mortification my father once said to me, “You care for nothing but shooting, dogs, and rat-catching and you will be a disgrace to yourself and all your family.” But my father, who was the kindest man I ever knew and whose memory I love with all my heart, must have been angry and somewhat unjust when he used such words.” (Darwin, 1888: 32)

## Mill y la justificación de la empresa autobiográfica

La escritura de su autobiografía comenzó en los últimos meses de 1853 y concluyó los primeros meses de 1854. La decisión de escribirla estuvo motorizada por la tuberculosis que tanto John Stuart como Harriet padecían, circunstancia que intensificó en ambos la percepción de la muerte (Levi, 1951:290-291). El derrotero de la versión inicial permite pensar que entre su primera redacción y su publicación en 1873 (10 de octubre) el proyecto sufrió varias modificaciones. No pocas de ellas fueron fruto de la primera revisión y corrección que hiciera Harriet antes de su fallecimiento. No obstante, la distribución de capítulos y extensión general (con excepción del VII escrito luego de la muerte de su consorte) se mantuvieron, a grandes rasgos, iguales.<sup>19</sup>

El volumen se compone así de siete capítulos cuyas referencias cronológicas pueden pensarse en estos términos. El capítulo I se aboca a pensar la *Infancia y primera educación* (1806-1819), seguido por las *Influencias morales en la primera juventud. Carácter y opiniones del padre* (1813-1821). El capítulo III lo dedica a la *Última etapa de su educación y primera de autoeducación*, así como al período que llama *propagandismo de juventud y la Westminster Review*. El capítulo V introduce una verdadera inflexión en el desarrollo de la narración cuya titulación advierte por demás, el peso específico que tiene: *Una crisis en mi historia mental. Un paso adelante* (1826-1832). El capítulo VI ilustra una nueva etapa en la que expone con detalle el vínculo con quien fuera luego su mujer Harriet Taylor, titulado *Comienzo de la más valiosa amistad de mi vida. La muerte de mi padre. Escritos y otras actividades hasta 1840*. El último capítulo (el séptimo), escrito luego de la muerte de su esposa, es un cierre muy general que acopia reseñas sobre sus publicaciones más significativas: *Panorámica general del resto de mi vida* (1840-1870). Con esta referencia introductoria, podemos ahora abocarnos a pensar cuáles son los motivos que expone Mill para dar a conocer el trayecto de su vida.

La justificación inicial que reclama la labor escrituraria del autobiógrafo —por qué escribir-sobre-sí— parece ser un paso obligado al comienzo de toda

<sup>19</sup> Los límites de este escrito no nos permiten realizar una aproximación genética sobre los borradores originales aún conservados. No obstante, podemos reseñar muy brevemente la estructuración previa de dichos ejemplares hasta su aparición en 1873. El escrito original de 1853 (que luego pasó a ser identificado como *Early Draft*) fue revisado cuidadosamente por Harriet, quien se encargó de efectuar varias correcciones y eliminar algunos pasajes. De los 169 folios con que contaba, la presencia de sus marcas y referencias aparecen en 93 afectando cerca de 300 pasajes del texto original. Del total de marcas introducidas por Harriet, Mill no aprobó 17. Para 1861, Mill reordenó y copió los 162 folios del manuscrito, reorganizando el *Early Draft* y agregando tres párrafos relativos a la muerte de su esposa (1858). Así entre 1869 y 1871 escribió los 48 folios restantes para conformar la versión definitiva (210 folios) tal como la dejó al momento de su fallecimiento (08-05-1873) (conservado en la actualidad en *Columbia University Library*). Asimismo, la hija adoptiva de Mill, Helen Taylor (perteneciente al matrimonio de Harriet con John Taylor) terminó por conformar la edición de la copia destinada a la imprenta (disponible en *John Rylands Library*, Manchester). Helen agregó marcas y cambios en el manuscrito de Columbia y mientras lo copiaba, realizó gran cantidad de alteraciones y omisión de párrafos reordenando 9 de ellos. De esta forma, previa a la publicación definitiva el manuscrito, el *Early Draft* (conservado en la Universidad de Illinois) pasó luego a la versión de Columbia, para luego terminar en la transcripción conservada en Rylands. (Fuente: Stillinger, 1983) Nosotros tomaremos la versión de Columbia para las citas, cuya identificación de aquí en más será: JSM-A-C.

narración en el género. La multiplicidad de motivos que pueden oficiar como justificación, se expande a medida que nos alejamos de la matriz religiosa. Si tomamos en consideración el modelo agustiniano, es cierto que el inicio de sus *Confesiones* evitan esa tarea previa porque se trata de llevar a un acto público –la escritura–aquello que de por sí tiene una dimensión privada: confesar. El motivo para escribir sobre uno mismo se vuelve evidente, en tanto la forma que adquiere la propia narración vital es la de la confesión. En pocas palabras, se confiesa porque toda condición humana es, por definición, proclive al pecado. La inicial invocación agustiniana a la magnificencia de Dios oficia como una declaración definitiva que habilita la palabra. Lacónicamente afirma: “Creo, por eso también hablo.” (San Agustín, 2007:7). Si la creencia justifica la apertura pública de la escritura, la confesión es el acto por el cual se restituye y reconstruye la superioridad del creador frente a la pequeñez de la criatura concupiscente. Hablar sobre la propia vida, en tanto confesión, es un gesto de liberación, alabanza y sanación.

Ahora bien, el corrimiento de la *matriz confesional* a la de la *confidencia* introduce una cierta dificultad a la hora de pensar la justificación de por qué escribir sobre la propia vida. Dificultad que estriba en el carácter mundano de la multiplicidad de acontecimientos que pueden oficiar como fundamento, una vez que la centralidad de la figura de Dios pierde el eje rector de la propia existencia. Si la inferioridad del hombre frente a la divinidad, explicitada en la confesión de los pecados, queda solapada por motivos intramundanos, es apropiado pensar como lo hace Catelli (1991:75), que entonces la autobiografía se oriente hacia la confidencia. El desplazamiento gradual al que referimos se hace manifiesto si tomamos dos casos representativos del género: Dante y Cellini. El primero de ellos detalla económicamente el curso de su vida conformada en torno a la pasión que lo mueve hacia Beatriz. Desde el segundo soneto hasta el final (XLII), la vida de Dante es la historia de su exaltación amorosa. Asimismo, son ilustrativas las referencias que ofrecen el caso de Benvenuto Cellini y las formas en que su vida encorseta problemas relativos al arte, el mecenazgo y la autonomía frente al poder (Amícola, 2007:60-62). Ambas formas pueden ejemplificar el cambio de perspectiva que asume el género desde el momento en que la vida narrada no es reflejo o predicado de un acontecer cifrado en la relación con Dios, sino origen, movimiento y acción expresado en el amor, la elección vital, el arte.

El motivo intramundano que organiza la justificación de la escritura-de-sí nos transporta en Rousseau a un espacio diferente. Las *Confessions* del pensador ginebrino abren de forma original la justificación: “Je veux montrer à mes semblables un homme dans toute la vérité de la nature : et cet homme ce sera moi. Moi, seul. Je sens mon cœur et je connais les hommes” (Rousseau, 1963: 21) A diferencia de la motivación agustiniana o la de los sucesores italianos, ninguna condición envuelve a la humanidad misma. En otras palabras, mientras que la circunstancia de pecador, de artista o de amante fagocita sinecdóquicamente la más amplia condición de humanidad del autobiógrafo, desde donde se relata la propia vida, Rousseau proclama como punto de partida su condición de ser humano ‘dans toute la vérité de la nature’ sin que ello requiera una mayor precisión o peculiaridad. Asimismo, es particular para el caso que tratamos, que dicha condición sea experimentada por la vía de un sentimiento. A diferencia de lo que veremos con Mill, la introspección que

expresa el sentir es el punto de partida para la exteriorización de su voz cuyas resonancias alcanzan a todos 'les hommes'. Dado que puedo sentir mi corazón es que puedo hablar desde mí a todos. La inmediatez del sentimiento es la dimensión ecuménica que puede volver mi vida —aún en su especificidad— algo enunciable en relación con la universalidad de todo el género humano. No se trata de domeñar la variedad de la experiencia vital acontecida en una dimensión única que la organice. Por el contrario, es necesario contemplar toda esa variedad (la niñez, el gozo, el dolor, el deseo, la crueldad, la madurez, la persecución, la enfermedad, el delirio, etc.) sin que nada quede en un plano de menor importancia.<sup>20</sup>

De cara a pensar la especificidad de nuestro autor, podríamos decir que su autobiografía se inicia con una breve justificación en la cual Mill se interroga retóricamente sobre la razón por la cual se escribe una historia de sí. Su inquietante sinceridad interpela al lector desde el lugar de una duda originaria que pareciera atentar, incluso, contra toda la empresa escrituraria:

"It seems proper that I should prefix to the following biographical sketch, some mention of the reasons which have made me think it desirable that I should leave behind me such a memorial of so uneventful a life as mine. I do not for a moment imagine that any part of what I have to relate can be interesting to the public as a narrative, or as being connected with myself." (JSM-A-C., 1)

Ese cuestionamiento inicial permite posicionar la voz de Mill en un lugar inquietante para el lector del género. Si el interés que despierta la propia vida a narrar no es siquiera justificada por el autor, ¿por qué escribir una autobiografía? ¿Qué finalidad cumple? ¿Qué tipo de lector puede guardar el más mínimo incentivo para proseguir con la empresa de lectura? Sin embargo, la sinceridad inicial guarda una invocación universalista que diluye la especificidad del hombre John Stuart, para pasar a ser su propia existencia, la vasta enunciación de un caso que sirve como ejemplo.

"But I have thought that in an age in which education, and its improvement, are the subject of more, if not of profounder study than at any former period of English history, it may be useful that there should be some record of an education which was unusual and remarkable, and which, whatever else it may have done, has proved how much more than is commonly supposed may be taught, and well taught, in those early years which, in the common modes of what is called instruction, are little better than wasted. It has also seemed to me that in an age of transition in opinions, there may be somewhat both of interest and of benefit in noting the *successive phases of any mind* which was always pressing forward, equally ready to learn and to unlearn either from its own thoughts or from those of others." (JSM-A-C., 1- *itálica nuestra*)

Si el relato de la propia existencia es justificable, lo es a condición de vislumbrar lo que puede esperarse del trabajo de aprendizaje de una persona, tutelado desde la niñez. Mill se presenta al lector como poseedor de una vida comprensible fundamentalmente como empresa de conocimiento, desde la cual

---

<sup>20</sup> Tal vez puede entenderse que el registro selectivo de Rousseau está declarado en las capacidades de almacenamiento con que su memoria lo ha asistido o defraudado. No obstante ese mismo recorte deja incólume la dimensión integral con que piensa su propia existencia. Algunas precisas reflexiones en torno a la operación de la memoria en la autobiografía de Rousseau se hallan en Starobinski (1983: 224-225)

se puede reconstruir las bases de un proyecto pedagógico de manifiesta vocación racionalista, aplicable a cualquier ser humano. Ese universalismo que encierra la ejemplaridad, oficia como fundamento de la doble justificación que ofrece el autor al inicio del escrito. En primer lugar, la impersonalidad que paradójicamente reclama Mill en el descargo, grafica que aquello que se está dispuesto a contar, vale como ejemplo, no por la excepcionalidad de un sujeto que pueda ser genial, único e irrepetible en su condición, sino por las ventajas que un método de enseñanza y aprendizaje puede suscitar en la formación de una personalidad. En segundo lugar, es ese mismo recorte original el que permite justificar porqué el propio autor advierte que su vida ha sido muy pobre en acontecimientos. Todo aquello que no colabore en el aprendizaje o conocimiento no merece ser contado, porque tal vez, no haya sido vivido.

Esta particularidad se hace presente en toda la autobiografía. Los únicos hechos a los cuales refiere el autor sólo guardan relación con el abordaje de ciertos escritores, el aprendizaje en ciertas áreas de conocimiento (letras, matemática, historia, geografía, literatura, filosofía, etc.) y el desarrollo de ciertas facultades intelectivas (manejo de idiomas, lenguas clásicas, formas de razonamientos, elementos de retórica, etc.). No encontramos en el texto ninguna referencia a juegos, aventuras o travesuras que cuando niño podrían haber condimentado su infancia. Tampoco aparecen otros vínculos de amistad, de amor, ni se alude a los hermanos ni a la figura materna. Todo esto puede ser visto como una pérdida de tiempo, dado que queda rezagado como algo completamente accesorio frente al protagonismo de la conciencia en su proceso formativo.

En este aspecto, la exposición de Mill se asemeja a otras autobiografías de contemporáneos. De manera similar, pero con recursos literarios mucho más abundantes, Ernest Renan justifica la escritura de sus *Souvenirs d'enfance et de jeunesse* (1883) apelando a un mismo principio de ejemplaridad y universalización desde el cual se monopoliza la escritura de gran parte de la autobiografía:

“Ce qu'on dit de soi est toujours poésie. S'imaginer que les menus détails sur sa propre vie valent la peine d'être fixés, c'est donner la preuve d'une bien mesquine vanité. On écrit de telles choses pour transmettre aux autres la théorie de l'univers qu'on porte en soi.” (Renan, 1897 [1883]: III)<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Como afirma Miraux (2005: 47) “En Renan, la escritura autobiográfica se basa más en la voluntad de describir una trayectoria intelectual ejemplar que en la minuciosa narración de una existencia humana [...]” Lo singular es que su propio desenvolvimiento devuelve, en el plano individual, cierto movimiento del género humano en lo que a las etapas de desarrollo refiere. Es claro que el peso del positivismo comteano y su conocida periodización de la historia, calaron en Renan incluso al punto de transferir dicha periodización a sus propios desplazamientos intelectuales. La historia de la ilustración humana se homologa, en su persona, al recorrido que va del niño al adulto. No obstante, desde Vico y Kant se ha hecho habitual pensar la historia humana como un tránsito por edades, asumiendo metafóricamente el progreso del género como madurez del hombre. En Renan puede apreciarse cómo ese trayecto evolutivo es percibido por el autobiógrafo como una ley: “L'institut de Saint-Sulpice a exercé sur moi une telle influence et a si complètement décidé de la direction de ma vie, que je suis obligé d'en esquisser rapidement l'histoire, d'en exposer les principes et l'esprit, pour montrer en quoi cet esprit est resté la loi la plus profonde de tout mon développement intellectuel et moral.” (Renan, 1897 [1883]: 200).

Aquello que diluye la vanidad de escribir sobre-sí-mismo es aquello que puede referirse de forma científica y por tanto objetiva e impersonalmente. No es casual que cierto paradigma científico (positivismo) común a Renan y a Mill esté trabajando por debajo de estas apreciaciones.<sup>22</sup> Algo similar sucede en el caso de Herbert Spencer. Tal vez con más conciencia del límite selectivo que impone toda empresa autobiográfica, el filósofo evolucionista advierte la operatoria a la que está forzado todo autobiógrafo para poder dar forma a su obra:

“A biographer, or autobiographer, is obliged to omit from his narrative the common-places of daily life, and to limit himself almost exclusively to salient events, actions, and traits. The writing and reading of the bulky volumes otherwise required, would be alike impossible. But by leaving out the humdrum part of the life, forming that immensely larger part which it had in common with other lives, and by setting forth only the striking things, he produces the impression that it differed from other lives more than it really did. This defect is inevitable.” (Spencer II, 1904: 384)

En este contexto, lo que nos interesa recalcar es que la propia vida es ordenada en la narración de forma similar a como lo estipulaba la *spiritual autobiography*. A diferencia de aquella, en la cual el protagonismo de una ‘*soul-history*’ monopolizaba la selección de hechos relevantes que podían ser contados, en el caso de Mill tenemos ‘*the successive phases of any mind*’<sup>23</sup>, la cual repone el mismo procedimiento desde el cual se estructura la autobiografía. Así como en aquellas, la narración detalla el camino de un *alma* desde la condición del pecado hasta la gracia, condensando en ello el vuelco de la conversión, aquí es la *mente* la que protagoniza el proceso formativo, en la cual irrumpe también –como veremos– un proceso de transformación o conversión, estableciendo un quiebre que se expresa como una crisis en la narración vital.

El énfasis otorgado por nuestro autor al desarrollo ‘mental’ es el que permite integrar desde el inicio mismo de la autobiografía dos figuras centrales: su

<sup>22</sup> Es notable que el propio Renan invoque a Goethe y su trabajo autobiográfico para pensar la peculiaridad que distingue al género autobiográfico del ejercicio puramente literario. En el inestable contrapunto del *Dichtung und Wahrheit* goethiano, Renan no duda en fijar su preferencia por la Verdad como condición de posibilidad de la escritura-de-sí, dejando del lado de la Poesía el momento valorativo, estético, individual (vanidoso) que no justifica el acto escriturario por su condición de auto-referido (“Goethe choisit, pour titre de ses Mémoires, *Vérité et Poésie*, montrant par là qu'on ne saurait faire sa propre biographie de la même manière qu'on fait celle des autres” [Renán 1897:II-III]). Por ello es sugerente la forma en que la dimensión ejemplar que referimos (contenida en Mill y Renan, aunque no exclusivamente) invierte drásticamente la valoración negativa que sostiene la asociación entre autobiografía y confesión. La advertencia modernista que Goethe hiciera sobre el vínculo entre confesión-pecado-autobiografía (Amícola, 2007:92) queda diluida por la operatoria racionalista referida. En pocas palabras, si la vida corporiza el movimiento de la razón, de la naturaleza, o cierto patrón universal de asociación de ideas, se escribe no para revelar aquello que estaba oculto por negativo (el pecado a confesar), sino para hacer público aquello que nace como privado y positivo (la experiencia ilustradora a transmitir).

<sup>23</sup> La idea de que su autobiografía relata el desarrollo de una mente es literalmente recurrente. “The reading of this book was an epoch in my life; one of the turning points in my *mental history*.” (JSM-A-C., 45) “The feeling rushed upon me, that all previous Moralists were superseded, and that here indeed was the commencement of a *new era in thought*.” (JSM-A-C., 46) “I have now, I believe, mentioned all the books which had any considerable effect on my early *mental development*.” (JSM-A-C., 50) (todas las itálicas son nuestras)

padre (James), y la que luego sería su esposa (Harriet). Esta alternancia nos permitirá analizar como en la conciencia del protagonista convergen, alternativamente, estas dos figuras a partir de las cuales se justifica también la decisión de dejar constancia pública del propio itinerario vital. Esta razón es para Mill la de mayor peso. En pocas palabras, su autobiografía tendría como finalidad reconocer cuanto de la vida (mente-ideas) de otros hubo en la suya:

“But a motive which weighs more with me than either of these, is a desire to make acknowledgment of the debts which my intellectual and moral development owes to other persons, some of them of recognized eminence, others less known than they deserve to be, and the one to whom most of all is due, one whom the world had no opportunity of knowing.” (JSM-A-C., 1)

Ahora bien, la doble presencia a la que referimos es la única que tiene una expresión física y humana de peso dentro del escrito. El resto de las personas a las que Mill refiere, son autores cuya influencia se ha experimentado, en la mayoría de los casos, desde el abstracto e incorpóreo registro de las ideas albergadas en un libro.

### La vida de un *bookish man* y los límites de la analítica paterna

Con los motivos expuestos analizados, Mill participa en un procedimiento que es habitual como justificación de la empresa autobiográfica en la segunda mitad del siglo XIX. No sólo se trata de mostrar la ejemplaridad de la propia vida, sino aplicar a sí mismo el desarrollo teórico que esa vida forjó a lo largo de sus años. Así como Renan delinearé el despertar a la ciencia como una trayectoria que lo acerca a la verdad<sup>24</sup> —lugar desde el cual proclamará a la filología como continuidad natural de las pretensiones universalistas de la filosofía— Spencer pasará a describir su propio historial de vida como la muestra de un ciclo natural coherente con el comportamiento de la naturaleza a escala socio-planetaria. Por ello es habitual en Mill encontrar expresiones como ‘*result of experiment*’ para referirse a su propio proceso de formación e instrucción bajo la rígida supervisión paterna.<sup>25</sup> Sin embargo, ¿Qué tipo de experimento protagoniza John Stuart? ¿Qué ideas se encuentran en juego al interior del monótono relato que merece ese ‘rótulo’ inquietante? Este punto requiere cierto detenimiento porque nos permitirá indagar en torno al curso seguido en su desarrollo intelectual, así como el vínculo que ese desarrollo construyó con la figura del padre.

En el programa educativo de nuestro autor se hallan vigentes ciertas ideas del utilitarismo inglés, muchas de las cuales profundizó y desarrolló el propio James Mill. Su basamento estaba conformado por los aportes del psicólogo

<sup>24</sup> “L'esprit scientifique était le fond de ma nature” (Renan, 1897: 250)

<sup>25</sup> “In the course of instruction which I have partially retraced, the point most superficially apparent is the great effort to give, during the years of childhood an amount of knowledge in what are considered the higher branches of education, which is seldom acquired (if acquired at all) until the age of manhood. The *result of the experiment* shows the ease with which this may be done, and places in a strong light the wretched waste of so many precious years as are spent in acquiring the modicum of Latin and Greek commonly taught to schoolboys; a waste, which has led so many educational reformers to entertain the ill-judged proposal of discarding these languages altogether from general education.” (JSM-A-C., 21- itálica nuestra)

materialista coterráneo, David Hartley, cuyas ideas, por vía de Jeremy Bentham, habían llegado hasta el padre de John. En pocas palabras, esa psicología se apoyaba en la idea de que las sensaciones provenientes de los sentidos producen, en cierto proceso de asociación, las imágenes, ideas, conceptos y términos generales. De esta forma, y coherente con el precepto del utilitarismo, la escala del placer y displacer (principio de utilidad) que motiva todos los fenómenos voluntarios se podrá conformar de acuerdo a las maneras en que se plasme dicha asociación. En consecuencia, un programa adecuado que tutele o guíe la asociación de ideas, bajo ciertos patrones, permitiría desarrollar al máximo las facultades mentales de forma coherente con el principio de utilidad. Así el propio Mill advierte en el texto:

“My course of study had led me to believe, that all mental and moral feelings and qualities, whether of a good or of a bad kind, were the results of association; that we love one thing, and hate another, take pleasure in one sort of action or contemplation, and pain in another sort, through the clinging of pleasurable or painful ideas to those things, from the effect of education or of experience. As a corollary from this, I had always heard it maintained by my father, and was myself convinced, that the object of education should be to form the strongest possible associations of the salutary class; associations of pleasure with all things beneficial to the great whole, and of pain with all things hurtful to it. This doctrine appeared inexpugnable [...]” (JSM-A-C., 95-96)

Sobre este eje rector se organiza la exposición de la autobiografía hasta el capítulo IV inclusive. Mill desarrolla el relato de formación de su conciencia desde la niñez hasta la primera adultez, dosificando la exposición sobre sus lecturas, análisis e intercambios con la figura del padre, hasta el punto que la totalidad del capítulo II está dedicado a las ideas de aquel sobre la vida recta, el conocimiento y las bases que forjan el carácter. Este despliegue se vuelve más intermitente en los capítulos III y IV, hasta el relato de la crisis nerviosa que protagoniza el capítulo V.

En el curso de la exposición se advierte que el autor ordena y selecciona muchas de sus referencias con miras a justificar ‘the crisis in my mental history’. El énfasis de ese recorte está expuesto en el diálogo que surge con la voz paterna como constituyente de su propia conciencia. En otras palabras, Mill intenta advertir al lector que su colapso nervioso no se debe a las exigencias en gran medida tiránicas de su padre, sino a una falencia en el método de enseñanza del cual aquel sería responsable indirecto. El monitoreo cuidadoso de los enunciados del autor advierten desde el capítulo II, que la dimensión intelectual tiene en James Mill un lugar privilegiado frente a cualquier otra faceta de la existencia. Así, Mill (hijo) repetirá que el patrón de conducta paterna se caracteriza por apreciar ‘intellectual enjoyments above all others’ y por tener ‘For passionate emotions of all sorts, and for everything which has been said or written in exaltation of them, he professed the greatest contempt’. El descuido absoluto de todo aquello que no fuera racional hacía que James ‘[...] regarded as an aberration of the moral standard of modern times, compared with that of the ancients, the great stress laid upon feeling. Feelings, as such, he considered to be no proper subjects of praise or blame.’ (JSM-A-C., 34-35)

De este modo, Mill organiza un modelo binario (razón-sentimiento) que deja al descubierto la grieta en la sólida analítica de su padre (en clara continuidad con la de Bentham), basamento del programa educativo ejercitado y transmitido. De igual forma en el capítulo IV, en su época de propagandismo filosófico, Mill relata la forma en que esa voz paterna era coincidente con la propia —así como la del grupo de radicales filosóficos que integraba— a la hora de enfrentar posiciones teóricas adversas:

“Utility was denounced as cold calculation; political economy as hard-hearted; anti-population doctrines as repulsive to the natural feelings of mankind. We retorted by the word "sentimentality," which, along with "declamation" and "vague generalities," served us as common terms of opprobrium. [...] While fully recognizing the superior excellence of unselfish benevolence and love of justice, we did not expect the regeneration of mankind from any direct action on those sentiments, but from the effect of educated intellect, enlightening the selfish feelings.” (JSM-A-C., 77-78)

El colapso psíquico que relata nuestro autor en el capítulo V se presenta en un doble registro. Por un lado se trata de un *descubrimiento* y por el otro de un cierto tipo de *conversión*. Hablamos de descubrimiento porque la experiencia traumática es repuesta en la exposición como la revisión de la psicología de asociación de James Mill. En pocas palabras, John advierte a partir de su propia experiencia, que el valor del análisis para dar basamento sólo a las ideas y los razonamientos, guarda un poder devastador tan significativo, que termina por destruir todo ese registro de la voluntad humana que se apoya en los sentimientos y valores, cuyo matiz racional es difícilmente sostenible, aunque es fundamental para otorgar un sentido a la acción. Por ello afirma:

“The very excellence of analysis (I argued) is that it tends to weaken and undermine whatever is the result of prejudice; that it enables us mentally to separate ideas which have only casually clung together: and no associations whatever could ultimately resist this dissolving force, were it not that we owe to analysis our clearest knowledge of the permanent sequences in nature; the real connexions between Things, not dependent on our will and feelings; natural laws, by virtue of which, in many cases, one thing is inseparable from another in fact; which laws, in proportion as they are clearly perceived and imaginatively realized, cause our ideas of things which are always joined together in Nature, to cohere more and more closely in our thoughts. Analytic habits may thus even strengthen the associations between causes and effects, means and ends, but tend altogether to weaken those which are, to speak familiarly, a *mere* matter of feeling.” (JSM-A-C., 96-97)

Es notable que nuestro autor exponga con detalle esa posición, a partir de la cual, su voz puede emerger en tímida distancia y diferencia de los rígidos cánones lógicos encumbrados por las teorías paternas. El reproche a la figura del padre aparece sublimado a partir del rodeo que supone la impugnación de su teoría psicológica. La rebelión contra la figura del padre, no guarda aquí la forma de una declarada oposición, sino más bien, la compulsión teórica cuya consecuencia no buscada fue una mezcla de padecimiento personal y sorpresa, debido al destino al que lo había conducido.<sup>26</sup> La conciencia

---

<sup>26</sup> La sorpresa manifiesta frente al fracaso de las teorías paternas no son en ningún momento objeto del enojo de Mill. La compasión que demuestra hacia el padre atestigua la propia

declarada, de que la vida no puede continuar sobre los vectores trazados por el padre, es relatada por nuestro autor como un proceso de aislamiento, tanto ideológico como espiritual, asociable a un estado de excomuni3n (Mc Donnell, 1977: 776). La cita shakesperiana a las palabras que Macbeth hiciera al m3dico, en ocasi3n de la insanía mental de Lady Macbeth<sup>27</sup>, ilustran de forma indirecta aquello que preocupaba de sobre manera a Mill, la imposibilidad de contar con la ayuda paterna (en tanto especialista en psicología) para poner fin a su estado de cosas: "Everything convinced me that he had no knowledge of any such mental state as I was suffering from, and that even if he could be made to understand it, he was not the physician who could heal it." (JSM-A-C., 95)

La crisis emocional de Mill lo anoticia sobre los límites de su propia práctica intelectual, cuya expresi3n se vuelve manifiesta en el capítulo V a partir de la suspensi3n en la dedicaci3n compulsiva al trabajo. El contraste entre actividad y pasividad (Carlisle, 1989: 137) rescribe el vértigo con que se abalanzaban las lecturas e ideas en los capítulos anteriores. Esa suspensi3n es parte del descubrimiento que el autor vive y experimenta con la poesía. Dos referencias cruciales atestiguan la antesala de la *conversi3n* que la crisis provocaría. Una de las referencias es la lectura de las *Memorias* de Marmontel y la otra son las impresiones generadas por la poesía de Wordsworth.

La primera de ellas es significativa por la selecci3n efectuada de la escena en la que Marmontel narra las condiciones de un muchacho frente a la p3rdida de su padre. Si los pasajes lo conmovieron al punto que se sintió 'moved to tears', es porque advierte que la salida de esa situaci3n penosa (en el relato el joven pasaba a ser único sost3n de la familia que había perdido al padre y por ello cierta sensaci3n de soledad lo consumía) era posible sólo si comenzaba a consagrarse a la búsqueda de la felicidad de los otros. No casualmente la referencia a Carlyle<sup>28</sup> permite pensar que la nota distintiva del viraje de Mill está en la concepci3n filantrópica que asume, con lo cual desmiente el individualismo que oficiaba como supuesto en el principio de utilidad heredado, por vía paterna, desde Bentham.

La lecci3n que la poesía romántica de Wordsworth le dio a Mill es que la cultura no sólo es un problema de incorporaci3n de conocimientos, es decir, una mente no sólo trabaja en el plano de la lógica, el análisis y la deducci3n. La

---

confianza que él mismo había depositado en esos métodos. Asimismo advierte al lector la impostura (ajenidad) con que percibe su propia experiencia, con similar distancia a la de aquel que evalúa los resultados de un experimento. Por ello reconoce: "My education, which was wholly his work, had been conducted without any regard to the possibility of its ending in this result; and I saw no use in giving him the pain of thinking that his plans had failed, when the failure was probably irremediable, and, at all events, beyond the power of *his* remedies." (JSM-A-C., 95)

<sup>27</sup> '¿No puedes sanar un espíritu enfermo // extirpar de la memoria una profunda tristeza, // borrar la pesadumbre grabada en el cerebro // y con algún dulce antídoto que haga olvidar, // limpiar las mancilladas entrañadas de esa peligrosa carga // que pesa sobre el corazón?' (*Macbeth*, aV.eIII)

<sup>28</sup> Carlyle asimiló la teoría de la renuncia-de-sí de Goethe para poder pensar la factibilidad de la vida moderna, lo cual lo acercaba, en el caso inglés, a las convicciones calvinistas. Esa dimensi3n de la renuncia también permitía despuntar un ideario filantrópico en clara disonancia con la aritmética de los placeres de Bentham de matriz fuertemente individualista. Para analizar algunos aspectos de la crítica de Carlyle a la sociedad industrial y los supuestos del *laissez-faire* ver Williams 2001 (73-84).

justificación del efecto ‘sanador’ de la poesía se apoya para John Stuart en que “What made Wordsworth's poems a medicine for my state of mind, was that they expressed, not mere outward beauty, but states of feeling, and of thought colored by feeling, under the excitement of beauty.” (JSM-A-C., 104)

Ahora bien, cuando hablamos de conversión no nos referimos al pasaje a un estado completamente opuesto al anterior. Antes bien, el tipo de conversión que Mill relata tiene que ver con una política de la compensación. Se trata de remediar la falencia que el modo de vida previa hizo evidente, para lo cual es necesario integrar, en aquello que llama *cultura*, el desarrollo de los sentimientos. Ese programa de acción futura, a partir del cual cambió su vida – según lo afirma—implica más bien una actitud correctiva antes que un ‘renacimiento’, como veíamos, en el caso de la lejana referencia agustiniano. Esa revisión profunda de su credo filosófico es la base de aquello que luego compartirá con su mujer Harriet. El viraje que produjo la crisis emocional advierte en este párrafo la conciencia de la necesaria compensación a la que referimos:

“I had now learnt by experience that the passive susceptibilities needed to be cultivated as well as the active capacities, and required to be nourished and enriched as well as guided. I did not, for an instant, lose sight of, or undervalue, that part of the truth which I had seen before; I never turned recreant to intellectual culture, or ceased to consider the power and practice of analysis as an essential condition both of individual and of social improvement. But I thought that it had consequences which required to be corrected, by joining other kinds of cultivation with it. The maintenance of a due balance among the faculties now seemed to me of primary importance. The cultivation of the feelings became one of the cardinal points in my ethical and philosophical creed. And my thoughts and inclinations turned in an increasing degree towards whatever seemed capable of being instrumental to that object.” (JSM-A-C., 101)

Hasta aquí, el abordaje de la posición de nuestro autor hasta el capítulo V nos permite establecer algunas conclusiones preliminares. En primer lugar, su énfasis en la asimilación de la propia vida al mero trabajo intelectual, colabora en hacernos pensar cómo se organiza la voz del protagonista en el accionar de esa conciencia que monopoliza todo el registro vital de su portador. Nos referimos al desdoblamiento que la voz de John Stuart sufre entre la de su padre James y la propia. En otras palabras, la forma en que el escrito alberga, desde el inicio, la voz paterna como eje que organiza tanto la selección de pasajes rememorados, como la intención y condición ejemplar de su exposición. Esa dimensión dialógica (aquello que Bajtín llamara para 1929 ‘diálogo interno’ y luego ‘microdiálogo’ [Amícola, 1997:173]) estructura el desarrollo de la exposición, al punto de dificultar recurrentemente al lector la posibilidad de identificar de quién es el protagonismo de la voz autobiográfica. Tal como comentáramos, el propio capítulo II es una semblanza directa de la figura paterna.

En segundo lugar, esta dimensión dialógica corporizada en el intercambio entre padre e hijo, en la propia conciencia del protagonista, advierte al lector sobre una peculiaridad con que el autor organiza la composición de su autobiografía. A diferencia de otros ejemplos del género, incluso entre los mencionados en la época victoriana, el texto de Mill carece absolutamente de eventos narrados.

No se preocupa por presentar, aunque más no sea mínimamente, la psicología de los pocos personajes contemporáneos referidos, como tampoco alude a sus características fisonómicas o estéticas. En ningún momento enfatiza lo que podría ser la dimensión dramática de los acontecimientos, razón por la cual no esboza ninguna estrategia para producir cierto tipo de tensión que genere un desenlace. En pocas palabras, los hechos referidos distan mucho de ser considerados como componentes de una historia. Como afirma Shumaker (1954:143-144), el modelo de Mill no busca exponer una narración de los acontecimientos de su vida, ni tampoco ejercitar una descripción de aquellos que permite ofrecer al lector las propias percepciones a lo largo de los años. Toda la exposición parece más bien una gran explicación / argumentación que permite justificar, cómo una cadena de acontecimientos es consecuencia de una serie de factores lógicamente identificables con antelación.

En tercer lugar, también es importante recalcar, cómo la crisis emocional del protagonista opera como una suerte de dislocación en la convivencia armónica de esa otra voz. El descubrimiento y la conversión, que acompaña el colapso nervioso, parece suspender ese registro doble en que la conciencia del padre organiza su propia manera de ver el mundo proyectando en la sucesión de hechos narrados una nueva voz, a la que atribuirá tanta o más importancia que la paterna, a saber, la de su futura esposa: Harriet Taylor. Mientras que el programa pedagógico paterno ofició de andamiaje vital para justificar su propia vida, la irrupción de la voz femenina, luego de la crisis, se adueña de ese lugar desde el cual podrá desplegar una acción correctiva. De forma esquemática podríamos plantear: al racionalismo y la analítica paterna (masculina) de la conciencia juvenil, se suma la voz de Harriet como percepción integral (femenina) que ejercita los sentimientos como necesario complemento del intelecto. El inicio de esta continuidad, no casualmente, es presentada en paralelo a la muerte física del padre.

### **De la voz masculina a la voz femenina**

El inicio del capítulo VI advierte al lector la selección estipulada por Mill para plantear, en la temporalidad impresa a la autobiografía, la coincidencia del desarrollo de la relación con Harriet Taylor y la desaparición física del padre. Tal como comentáramos, el largo vínculo del protagonista con la Sra. Taylor duró prácticamente veinte años. Ese extenso período de tiempo es releído por Mill como un plazo en el que se gesta un intercambio amoroso –no declarado por la condición de mujer casada que ella detentó durante mucho de ese tiempo—sublimado bajo la idea de amistad, tiempo en el cual el protagonista habría descubierto no sólo una compañera, sino una influencia intelectual de nuevo tipo.

Lo singular de esta aproximación es que Harriet no ingresa en la exposición como el fascinante objeto amoroso que destruye, románticamente, cualquier vestigio de racionalidad. No se trata de una pasión que aletarga la vida intelectual de un sujeto cuya existencia se rescribe en la dirección única que le impone el sentimiento. Tampoco el encuentro relata la típica compensación burguesa que encontramos en la novela de educación que supondría asimilar en el proceso de formación la figura femenina del sentimiento (irracional) a la imagen masculina del intelecto (racional) (Amícola, 2003: 130).

Esa novedosa aproximación a la imagen de la mujer que Mill retrata se desdobra en dos momentos. El primero de ellos atañe a la condición de Harriet en tanto mujer del señor John Taylor. En ese entonces John Stuart percibe que “her rich and powerful nature had chiefly unfolded itself according to the received type of feminine genius. To her outer circle she was a beauty and a wit, with an air of natural distinction, felt by all who approached her: to the inner, a woman of deep and strong feeling, of penetrating and intuitive intelligence, and of an eminently meditative and poetic nature.” (JSM-A-C., 130 – itálica nuestra). Esta singular apreciación sobre el desempeño de la mujer (incluso aquella que ejemplifica una personalidad genial) aparece para Mill bajo el corset de una institución como el matrimonio que, a su entender, somete y recluye indirectamente la imagen femenina. Es importante acentuar que bajo la idea del ‘received type of feminine genius’ nuestro autor admite el sesgo de época con que se marcaba el límite de lo tolerable en el reconocimiento de las facultades de cualquier mujer, a saber, al interior de un espacio reducido (i.e. su casa, su familia, su conciencia), cuya proyección pública era impensada por hallarse ese lugar en manos de lo masculino.

El trato idealizado con que Mill refiere a Harriet –aunque afectado sin duda por la estela de Wordsworth y Coleridge—no queda sólo maniatado por las convenciones románticas. Si bien John reconoce que para su mujer los sentimientos son un sostén fundamental en su vida, no por ello le resta centralidad a sus capacidades intelectivas y racionales. A tal punto sentencia:

“In her, complete emancipation from every kind of superstition (including that which, attributes a pretended perfection to the order of nature and the universe), and an earnest protest against many things which are still part of the established constitution of society, resulted not from the hard intellect, but from strength of noble and elevated feeling, and co-existed with a highly reverential nature. [...] Alike in the highest regions of speculation and in the smaller practical concerns of daily life, her mind was the same perfect instrument, piercing to the very heart and marrow of the matter; always seizing the essential idea or principle.” (JSM-A-C., 130-131)

Las formas en que Mill presenta la figura de su mujer, permite justificar por qué refiere al vínculo con ella como una ‘friendship’.<sup>29</sup> La dimensión de la amistad admite pensar el vínculo de forma simétrica; circunstancia que ilustra, por un lado, una diferencia notoria para las convenciones generales de la época, así como una saludable alteración frente a la asimetría con que el lazo paterno había sostenido su propia voz. En otras palabras, la voz de Harriet, como expresión femenina, comienza a integrar la dimensión dialógica de la conciencia del personaje John Stuart en un status de igualdad muy distinta a la de la voz masculina paterna que lo tutelaba verticalmente desde la infancia.

Esa transformación en pos de la horizontalidad es la que conjuga el segundo momento de la presentación de Harriet hecha por el protagonista. Consumada la relación públicamente luego del fallecimiento de John Taylor (1849) el

---

<sup>29</sup> La idea de *amistad* como forma deseable no sólo de satisfacción emocional, sino como un estado crucial para que el matrimonio pueda ser una ‘escuela genuina de sentimiento moral’, integró una serie de conceptos que Mill desarrolló en co-autoría con Harriet en *The Subjection of Women*. Nos eximimos de extender el análisis en esa dirección por una cuestión de espacio. Ver Shanley (1981: 229-245) y Rossi (1973: 77-83)

vínculo se estrecha entre ambos porque pierde su carácter clandestino.<sup>30</sup> Nos interesa advertir aquí de qué forma la co-presencia de la voz femenina se integra en la visión de Mill con igualdad de protagonismo e incluso en un tono laudatorio que la coloca en un nivel superior. En su consideración, Harriet le habría enseñado mucho más que cualquiera en dos esferas vitales: ‘One is the region of ultimate aims; the constituent elements of the highest realizable ideal of human life. The other is that of the immediately useful and practically attainable.’ (JSM-A-C., 132)

La igualdad de los sexos –tema en los que John y Harriet fueron pioneros en el siglo XIX—es presentada en la autobiografía con un status cercano a la *androginia*.<sup>31</sup> Esa consideración de época bregaba por reconocer que tanto el conocimiento como la cultura son algo que forja la *Humanidad* o el *Género Humano*, razón por la cual es estéril establecer diferencias que provengan de determinaciones físicas (Urbinati, 1991: 634). Sin embargo, dicha consideración en sus formulaciones teóricas originales europeas estaba algo alejada de las prácticas sociales. Hasta Mill, no había recibido una coordenada específica en términos de reconocimiento de la igualdad de derechos tanto en el seno familiar, como en la arena de los derechos laborales y políticos.

Esta dimensión andrógina con que Mill presenta la temática de la igualdad de los sexos a partir del reconocimiento e incorporación de la voz femenina, permite hacer algunas consideraciones complementarias. La primera de ellas tiene estricta relación con la ruptura entre sexo y *gender*, cuyo reconocimiento incipiente –aunque notable para la época—permite pensar la deconstrucción rígida de las distinciones sociales impuestas sobre la base de los roles sexuales. Tal como afirma Urbinati, la confianza en que las capacidades y competencias humanas son las que definen el tipo de vida a elegir, la emancipación de las mujeres como temática filosófica es condición y resultado del desarrollo coherente del liberalismo que Mill defendió hasta sus últimos días (1991:631) En el seno de la autobiografía, esta consideración aparece expresada en la idea de ‘*fusion of two*’ desde la cual Mill desdibuja la diferencia sexual, integrando la voz de ambos en un mismo plano identitario.<sup>32</sup> Por ello sostiene:

---

<sup>30</sup> Todo el trayecto previo es caracterizado por Mill como un proceso de búsqueda y crecimiento intelectual. La relación de ‘amistad’ no supuso un freno o cambio en esa conducta sino una intensificación diferente y, en muchos sentidos, esclarecedora. “The benefit I received was far greater than any which I could hope to give ; though to her, who had at first reached her opinions by the moral intuition of a character of strong feeling, there was doubtless help as well as encouragement to be derived from one who had arrived at many of the same results by study and reasoning: and in the rapidity of her intellectual growth, her mental activity, which converted everything into knowledge, doubtless drew from me, as it did from other sources, many; of its materials. What I owe, even intellectually, to her, is in its detail, almost infinite; of its general character a few words will give some, though a very imperfect, idea.” (JSM-A-C., 132)

<sup>31</sup> El interés por la androginia se expandió en el siglo XIX. Las fuentes que pudieron ejercer influencia directa en Mill fueron fundamentalmente la poesía inglesa de Shelley y Coleridge y la tradición saint-simoniana de origen francés. En la propia autobiografía Mill relata que no sólo conoció a Saint-Simon en su niñez (JSM-A-C., 42-43) sino también la influencia de sus seguidores (JSM-A-C., 116).

<sup>32</sup> Urbinati vuelve a mencionar con precisión cómo, a pesar de las influencias de época como la fisiología, las derivaciones de la frenología y el determinismo biológico (casos como Auguste Comte y Herbert Spencer fueron ejemplares) Mill siempre se negó a adscribir a la idea de que

“The writings in which this quality has been observed, were not the work of one mind, but of the fusion of two, one of them as pre-eminently practical in its judgments and perceptions of things present, as it was high and bold in its anticipations for a remote futurity” (JSM-A-C., 133)

Está claro que el énfasis de Mill en la dimensión social del *gender*, y por ende en la igualdad, queda en parte simplificada por la ausencia de referencias a lo corporal a lo largo de toda la autobiografía. Así como comentáramos previamente en los casos de sus contemporáneos, el cuerpo aparece como presencia sólo en el caso de la enfermedad (paradójicamente ésta sería, tal vez, como percibida, la responsable última de la propia escritura de la autobiografía). No obstante, la riqueza del aporte de Mill para pensar la disolución del binarismo determinado funcionalmente (masculino-intelectual / femenino-sentimental) nos ofrece un elemento más a tener en cuenta. Nos referimos al propio reconocimiento con que el autor fragmenta la, por entonces, sólida categoría de *autor*, aditamento que refuerza explícitamente la dimensión dialógica a la que antes aludíamos. Dos referencias hacia el final de la autobiografía son paradigmáticas:

“When two persons have their thoughts and speculations completely in common; when all subjects of intellectual or moral interest are discussed between them in daily life, and probed to much greater depths than are usually or conveniently sounded in writings intended for general readers; when they set out from the same principles, and arrive at their conclusions by processes pursued jointly, it is of little consequence in respect to the question of originality, which of them holds the pen; the one who contributes least to the composition may contribute most to the thought; the writings which result are the joint product of both, and it must often be impossible to disentangle their respective parts, and affirm that this belongs to one and that to the other.” (JSM-A-C., 171)

“With regard to the thoughts, it is difficult to identify any particular part or element as being more hers than all the rest. The whole mode of thinking of which the book was the expression, was emphatically hers. But I also was so thoroughly imbued with it, that the same thoughts naturally occurred to us both. That I was thus penetrated with it, however, I owe in a great degree to her.” (JSM-A-C., 177)

El reconocimiento de los aportes intelectuales de su mujer, así como la íntima colaboración de ambos en la escritura de textos de suma trascendencia como *Sobre la libertad*, queda patentado en la exposición de Mill al dudar recurrentemente sobre la posibilidad de que se le adjudique exclusivamente la autoría de las ideas. En una época donde la categoría de autor se hallaba abroquelada tras cierta visión burguesa del genio intelectual<sup>33</sup> (obviamente masculino) su ‘modestia’—aunque pueda mostrar nuevamente ribetes de idealización romántica—vuelve a ser notable por el énfasis con que lo femenino es apreciado en igualdad de reconocimiento en el plano de la producción

---

lo femenino y lo masculino fueran cualidades dicotómicas apoyadas en determinaciones biológicas (Urbinati, 1991: 628-629)

<sup>33</sup> Nuevamente Comte y Spencer son ejemplo de la posición contraria a la de Mill. Ambos declararon públicamente haberse sometido, en largos períodos de sus vidas, a cierta ‘higiene mental’ (*i.e.* suspensión de la lectura de contemporáneos) so pretexto de evitar así la ‘contaminación’ y corrupción de sus propios aportes originales.

intelectual. En síntesis, el nivel dialógico explicitado desde su propia exposición da un paso adelante en tanto logra transgredir doblemente el registro del género en su formato decimonónico. Primero, identificando las voces ajenas en la propia dentro del marco del relato autobiográfico y segundo, declarando en esa ajenidad, el mismo reconocimiento tanto para lo masculino como para lo femenino.

### **A modo de conclusión**

La aparente linealidad de la autobiografía de John Stuart Mill, que como dijéramos en la introducción, deprecia la justificación de su lectura, nos permite, luego del desarrollo efectuado, ensayar algunas conclusiones. Podríamos desagregarlas en tres planos, a saber: el de época, el de la subjetividad y el del género escriturario.

El primero de ellos nos invita a pensar que el texto de Mill ilustra una particular mutación de lo que Williams llamó *estructura de sentimiento*. Si entendemos por esta categoría cierta dimensión que media entre un conjunto histórico de relaciones sociales, formas culturales e ideológicas generales por ellas apropiadas y ciertas formas de subjetividad específicas (Eagleton, 1999:124), vemos cómo la aproximación de nuestro autor anticipa formas de reorganización social que se plasmarán recién dos décadas después de su fallecimiento. Pensando que los cambios en la estructura de sentimiento no sólo se rastrean con la emergencia de nuevas clases sociales, sino que también pueden ser reflejo de contradicciones que se viven al interior de clases ya constituidas, sin por ello perder su filiación con ellas, el caso de Mill se vuelve ejemplar. En primer lugar, porque su relato no pierde la dimensión puritana y represiva de las formas sociales victorianas. En segundo lugar, y a pesar de ello, porque su vida revela una relación con una mujer casada, cuyo vínculo es en puesto conocimiento a pesar de los problemas que ello le trajo aparejados. Finalmente, porque esa relación ejemplifica una concepción de los géneros cuya audacia progresista logrará cierto eco tiempo después. Si con Williams pensamos que esa mutación supone figuras semánticas radicalmente nuevas (1997: 158), la concepción social (no biológica) de lo masculino y femenino, que Mill relata como ejercitada en su propia vida, es una muestra palmaria de esa incipiente transformación.

En el plano de la subjetividad, y en clara continuidad con el anterior, la autobiografía de Mill revela las condiciones en que se necesita pensar el desarrollo personal bajo los imperativos sociales que abre el siglo XIX. Como afirma el propio Williams (2001:69), cierta cultura de los sentimientos que ensancha la estrechez de la visión intelectualista del utilitarismo, permite pensar la educación como una empresa donde se forja un sujeto de forma integral de manera que pueda compensar las mutilaciones de una sociedad cada vez más maquinal y la inmediatez que deriva con ello de su ciega forma mercantil. Una vida 'escasa en acontecimientos', privadamente aburrida como la de Mill, podríamos temerariamente arriesgar, merece hacerse pública por la confianza que se puede depositar en los procesos que han formado a su protagonista. Allí la voz puede emerger del resguardado privatismo burgués para proyectarse como testimonio esperanzador de aquello que las

instituciones deben apuntalar y estimular, para lo cual se requiere algo más que la tutela paterna.

Finalmente, en cuanto al comportamiento del género, el caso que nos convoca nos lleva a reflexionar en torno a la inestabilidad constitutiva y por ende la movilidad que caracteriza a la autobiografía como expresión escrituraria. El caso de Mill es paradigmático puesto que sus enunciados, en lo concerniente a la estructuración de los relatos (historia de un alma/mente, proceso de conversión, ideal de perfección, modelos de educación), no se hallan lejos de la matriz espiritual de sus antecesoras religiosas, aunque albergan modalidades (dialogismo – dimensión autorial) cuya aparición sería impensable en los siglos anteriores. Por ello es factible acordar con Bajtín en pensar que “[...] por su misma naturaleza, el género literario refleja las tendencias seculares más estables del desarrollo literario. En él siempre se conservan los imperecederos elementos del *arcaísmo*. Ciertamente, éste se conserva en aquél tan sólo debido a una permanente *renovación* o actualización. El género es siempre el mismo y otros simultáneamente, siempre es viejo y nuevo, renace y se renueva en cada nueva etapa del desarrollo literario y en cada obra individual de un género determinado. En ello consiste la vida del género.” (1993:150) Con el convencimiento de este enunciado, no podemos reclamar sino, una futura continuidad para las líneas que aquí concluyen.

## Bibliografía

- AMICOLA, José (1997). *De la forma a la información. Bajtín y Lotman en el debate con el formalismo ruso*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.
- AMICOLA, José (2003). *La batalla de los géneros. Novela gótica versus novela de educación*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.
- AMICOLA, José (2007). *Autobiografía como autfiguración. Estrategias discursivas del Yo y cuestiones de género*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.
- BAJTIN, Mijail (1993). *Problemas de la poética de Dostoievski*, México, Fondo de Cultura.
- BAKHTINE, Mikhaïl (1978). *Esthétique et théorie du roman*, Paris, Gallimard.
- BAXTER, Richard (1696). *Reliquiæ Baxterianæ*, Londres, T. Parkhurst, J. Robinson, J. Lawrence, and J. Dunton.
- BELL, Robert (1977). Metamorphoses of Spiritual Autobiography, *EHL*, 44 (1): 108-126.
- CELLINI, Benvenuto (1866) *La vita di Benvenuto Cellini. Scrita da lui medesimo*, Firenze, Successori Le Monnier.
- CATELLI, Nora (1991). *El espacio autobiográfico*, Barcelona, Lumen.

- CARLISLE, Janice (1989). J.S. Mill's Autobiography: The Life of a 'Bookish Man', *Victorian Studies*, 33 (1): 125-148.
- DARWIN, Charles (1888). *The life and Letters of Charles Darwin including an Autobiographical Chapter*, Londres, John Murray.
- DELANY, Paul (1969). *British Autobiography in the Seventeenth Century*, Londres, Routledge.
- DUNN, Waldo (1916). *English biography*, New York, J. M. Dent & Sons.
- EAGLETON, Terry (1999). *La función de la crítica*. Barcelona, Paidós.
- GUSDORF, Georges (1948). *La découverte de Soi*. Paris, Presses Universitaires De France.
- KRENIS, Lee (1978). Authority and Rebellion in Victorian Autobiography, *The Journal of British Studies*, 18 (1): 107-130.
- LEVI, Albert (1951). The writing of Mill's Autobiography, *Ethics*, 61 (4): 284-296.
- Mc DONNEL, James (1977). 'A Season of Awaking': An Analysis of Chapter Five of Mill's 'Autobiography', *The Modern Language Review*, 72 (4): 773-783.
- MILL, John Stuart (1924). *Autobiography*, New York, Columbia University Press.
- MIRAUX, Jean-Philippe (2005). *La autobiografía. Las escrituras del yo*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- MISCH, George (1950) [1912]. *A history of Autobiography in Antiquity*. Vol I-II. Londres, Routledge.
- RENAN, Ernest (1897) [1883]. *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, Paris, Calmann Lévy.
- RINEHART, Keith (1954). The Victorian Approach to Autobiography, *Modern Philology*, 51 (3): 177-186.
- ROBSON, John (1965). Mill's 'Autobiography'. The public and the Private Voice, *College Composition and Communication*, 16 (2): 97-101
- ROSSI, Alice (1973). Sentimiento e intelecto. La historia de John Stuart Mill y Harriet Taylor Mill, en MILL, John – TAYLOR MILL, Harriet (1973) *Ensayos sobre la igualdad sexual*, Barcelona, Península.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques (1963) *Confessions*, Paris, Librairie Générale Française. Tome I-II.
- SAN AGUSTIN (2007). *Confesiones*, Buenos Aires, Colihue.
- SHANLEY, Mary (1981). Slavery and Friendship: John Stuart Mill's The Subjection of Woman, *Political Theory*, 9 (2): 229-247.
- SHUMAKER, Wayne (1954). *English Autobiography. Its Emergence, Materials and Form*, Los Angeles, University of California Press.
- SPENCER, Herbert (1904). *An autobiography*, Vol I – II, New York, D. Appleton and Co.
- STAUFER, Donald (1930) *English Biography before 1700*, Cambridge, Harvard University Press.

STAROBINSKI, Jean (1983) *Jean-Jacques Rousseau. La transparencia y el obstáculo*. Madrid, Taurus.

STILLINGER, Jack (1983). Who wrote J.S. Mill's 'Autobiography', *Victorian Studies*, 27 (1): 7-23.

URBINATI, Nadia (1991). John Stuart Mill on Androgyny and Ideal Marriage, *Political Theory*, 19 (4): 626-648.

WILLIAMS, Raymond (1997) *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península.

WILLIAMS, Raymond (2001) *Cultura y sociedad. 1780-1940. De Coleridge a Orwell*. Buenos Aires, Nueva Visión.

